

www.fernandezbeltran.es

Galería en blanco y negro

*Retratos al natural tras la catástrofe del
Prestige*

Francisco Fernández Beltrán

29/01/2013

En enero de 2003, un mes y pico después del hundimiento del buque petrolero Prestige frente a las costas de Galicia, que provocaron la mayor catástrofe ecológica de la historia de España, participé junto con un grupo de voluntarios en los trabajos de limpieza de la playa de Montalvo, en Sanxenxo (Pontevedra). Las líneas siguientes son un retrato al natural, en blanco y negro, de los hombres y mujeres con los que me encontré aquellos días.

Manos blancas, mujer 1

Las palabras salían resquebrajadas de su boca como el carmín barato que cubría sus labios, más para protegerla del intenso frío que para resaltar una belleza que sabía ya no conservaba. Parece que no haya, pero está ahí. Siempre queda. Siempre vuelve. Con la marea. Sus ojos, antaño hermosos, aún brillaban después de dos meses llenos de caras y manos que había ido cubriendo con los mismos guantes de plástico, las mismas mascarillas grises, apestosas, y la misma cinta adhesiva que manejaba rápida y con asombroso cuidado para que luego fuera más fácil retirarla. El viento del norte cuarteaba su rostro, por debajo del maquillaje, resaltando los arañazos del tiempo y del dolor. No recuerdo su nombre. No sé ni si se lo pregunté alguna vez. Ella, en cambio, nos reconocía cada día a todos nosotros, sin tener siquiera que leer los garabatos de rotulador rojo que nos pintábamos encima del mono blanco. Sabía quiénes éramos, de dónde veníamos, hasta nuestras manías individuales a la hora de sellarnos con el celo. No, tan fuerte no, que me aprieta con el reloj. Así, así, un poco holgadito.

Estaba siempre antes de que llegáramos a la playa, esperándonos, y no se iba hasta que el último de nosotros se encontraba ya listo para regresar al autobús, con nuestros improvisados uniformes de civiles variopintos, reflejo de nuestra extraña mezcla de historias: unos vestidos con chándal, los más con vaqueros, los menos con ropa de nieve, desafiando todos al temporal más que a la Catástrofe.

Su mirada era la de la espera. Paciente, buscando otra respuesta más allá de lo que veía. Confusa. A veces serena, a veces vacía. Detrás de sus ojos perdidos estaba la desolación de la duda, del incierto final de esta pesadilla. No sé si acabará nunca. Nunca... Mientras trabajábamos en la playa se refugiaba en la caseta de salvamento marítimo, resguardándose entre las maderas del aire helado que golpeaba el paisaje, limpiando el cielo y ensuciando el mar. Tranquila, aspiraba lentamente aquellas bocanadas de hielo que te arañaban los pulmones como agujas afiladas. Sabía que aquella fuerza traería más veneno a la costa, a su hogar, a la única línea de tierra y mar que había conocido en su vida y que amaba con la inconsciencia que se aman las cosas que te acompañan desde siempre.

No recuerdo su nombre. No sé si se lo pregunté alguna vez. Ya no creo que importe. Para nosotros, ella era Galicia. Enferma, maltratada, dolida. Ella era Galicia. Resignada, pero no hundida. Plantándole cara a la Catástrofe con el valor rabioso de la herida, sangrante. Poco a poco. Día tras día. Desde hacía dos meses y durante todos lo que estuvieran por venir. Negándose a su pasado y a su presente. En pie.

Manos blancas, mujer 2

Tenía siempre una sonrisa pícaro, como de doble intención, herencia de una adolescencia apenas abandonada, y un brillo encantador en sus ojos grandes, luminosos, que te cautivaban la atención como si fueran todo su rostro. Todo no, claro, estaban también sus lunares, unos lunares que bañaban sugerentes sus pómulos y el contorno de sus labios, y que seguro avivaron más de una fantasía entre el grupo que alimentaba cada día con bocadillos de chorizo, zumos y restos de polvorones de las Navidades pasadas. Se la veía feliz en la miseria. Sobre todo cuando repartía, dispuesta y ágil, los bocatas hechos de esperanzas, con más pan que mezcla, con los que intentábamos engañar el hambre. Hoy ración doble, que no han venido los soldados, repetía mientras nos iba pasando a cada uno un par de bolsas con la comida.

Era una superviviente en la Catástrofe. Lo iba a ser siempre. De alguna manera, apenas perceptible, sin que su juventud le permitiera ser plenamente consciente, la marca de la tragedia le iba a acompañar toda su vida. Estaba manchada por dentro. La ruina se había asentado en su tierra y en su mar, y ya nada volvería a ser como antes. El día que la Bestia se descuartizó, podrida, escupiendo el mismo vómito de muerte que llegaba cada tarde a la costa, todo cambió. Seguramente entonces no lo supo, ni siquiera fue capaz de imaginarlo, pero su mundo se había ido a pique. Y pese a todo, jamás la vimos ni un solo instante sin su sonrisa perenne, sin aquella felicidad inexplicable y algo pueril que nos contagiaba en los descansos y que hacía que por un momento fuésemos capaces de olvidar donde estábamos. Era como si la Catástrofe le hubiese dado una oportunidad a su vida, un sentido que de otra forma no hubiese tenido. Le había exigido una generosidad y una entrega que de otro modo no habría alcanzado. Quizás por eso sonreía tanto. Quizás por eso no era tan distinta de nosotros.

Voluntarios. El grupo

Trabajábamos desde que el sol empezaba realmente a calentar, pasadas ya un par de horas de luz, hasta media tarde, cuando la marea bajaba más deprisa e iba desnudando la tierra de su azul intenso, casi cobalto en aquella claridad media del atardecer. Entonces era el peor momento, cuando el mar se batía en retirada, rápido, a una velocidad que no habíamos visto antes, dejando a su paso lunares malditos. El paisaje se cubría de desolación y de muerte, como si no hubiésemos pasado ni una sola de todas las horas que nos habíamos afanado en recoger, meticulosos, los restos de fuel pegados a la arena, a las cortezas de los eucaliptos, a las conchas de los moluscos muertos, a todo aquello

que tuviera un mínimo de vida. La playa estaba igual, o peor. Lo único que nos reconfortaba era ver las rocas antes cubiertas de agua y ahora llenas de mejillones reproduciéndose inconscientes sobre aquel lecho contaminado, reivindicando la fuerza regeneradora de la Naturaleza por encima de la burda maldad del hombre.

La mañana, en cambio, era la representación de la dicha, con su brillo de esplendor y esa ilusión absurda del principio. Sobre todo la primera, cuando por fin se mancharon nuestros trajes en el contacto con el fuel y fue para nosotros como un hallazgo, sintiendo real nuestra esperanza de poder ser útiles, nuestro deseo de colaborar tantos días alimentado por nuestras retinas contaminadas de imágenes. Nos regodeamos en aquel primer instante con una felicidad mezcla de locura y perplejidad, con el goce secreto e íntimo de una virginidad al fin perdida, incluso no dejamos de acariciarnos extendiendo las manchas hasta que nuestros monos estuvieron lo bastante sucios como para sentirnos satisfechos. Aquella extraña catarsis degeneró luego en el ritual típico de las fotos para familiares y amigos, víctimas de un patético anhelo por perpetuarnos. Lo cierto es que no dejaba de tener su gracia ver cómo nos embadurnábamos sin cesar para poder posar luego en una actitud más heroica. Pero aquello duró bien poco, y después sólo nos quedó el trabajo monótono con la pala, el rastrillo y la criba, y las horas interminables de frío en la cara y sudor en el cuerpo, el aburrimiento y el sueño, y la única distracción, a lo lejos, de los barcos de la Armada y los helicópteros que pululaban alrededor de la isla de Ons, al frente de nuestra bahía, de aquel arenal que labrábamos inútilmente como si se tratara de tierra de cultivo.

El descanso para comer era el momento más extraño del día, supongo que porque era la única ocasión en que estaba toda la expedición junta, mirándonos nuestras caras fatigadas, compartiendo comentarios sobre las labores de la mañana o historias de otras vidas, las nuestras fuera de allí, sin saber muy bien qué hacía cada uno de los otros en aquella playa de Montalvo, sin duda el lugar más hermoso y más triste que habíamos conocido. También era el momento más extraño del día porque era realmente el único que teníamos de tranquilidad, el escaso tiempo que nos regalábamos para poder pensar y poder contemplar todo aquel paisaje desnudo y humillado, mientras nos entreteníamos lanzando los mendrugos sobrantes de pan al puñado de gaviotas que nos rodeaban, inquietas y felices ante nuestra extraña compañía.

Desde la caseta se divisaba toda la playa abriéndose al mar, abrazándolo en la bahía que formaban las rocas tiznadas de muerte, en las que horas antes habíamos estado trabajando sin que apenas se advirtiera ahora, arañando y rompiendo las estalactitas

pegajosas que formaba el musgo empapado de fuel, y donde el olor era más fuerte, putrefacto hasta las náuseas.

El hambre apretaba nuestro instinto, acuciado por el ardor de los primeros bocados y el cansancio de horas, y entonces uno podía pensar en silencio, con los carrillos llenos del pan devorado con ansiedad, en el curioso cuadro que formábamos de personajes abandonados en aquella explanada desértica: el Yoni, un adolescente chulesco y maleducado que presumía de su pose de cabra loca; Chordi, un muchacho ignorante y bueno que descubrió en aquel viaje quién era José Bono por su parecido con el presidente de Castilla-La Mancha; el guatemalteco que cayó tumbado en un descanso por las hierbas espirituosas de la noche anterior, casi pálido bajo su cara de mestizo, plantándole cara al deshonor de no seguir trabajando por una resaca mal llevada... No puedo vomitar. Sí, sí, he comido. No es que no tenga nada en el estómago, es que no me sale. Allí estábamos todos los que habíamos venido envenenados por el espectáculo de los medios, esperando encontrar el cáncer negro y viscoso, pestilente, la misma mierda que la propia Bestia llevaba dentro el día que se partió y vomitó toda su carga de muerte, y que sólo encontramos un trabajo de chinos bajo un sol imposible para aquellas tierras, afanados como buscadores de oro en la captura de los restos mínimos, pero infinitos, de la Catástrofe.

Gente del mar, abuelo

Parecía más mayor de lo que era. Aún más. Las arrugas, surcos del tiempo, competían con los otros que le habían esculpido el salitre y el esfuerzo de toda una vida dedicada a la mar. Había visto más cosas de las que era ya capaz de recordar, pero sabía que nunca había presenciado algo comparable con aquello. Ni en los días más duros. Desde los dieciséis años, e incluso antes, no podía precisarlo, había trabajado en Gran Sol y en otros caladeros alejados de su costa, de aquella que le vio nacer y partir tantas veces, y que ahora supuraba en la herida, bañando con la espuma de las olas el cáncer que carcomía sus rocas y sus playas. Cuando dejó de trabajar, no porque quisiera, sino porque no podía, porque las fuerzas ya no respondían a su voluntad, no dejó ni un solo día de acercarse al puerto a ver los barcos marchar en la hora incierta de la salida, ni dejó ni un solo día de verlos regresar, a veces no todos los que había visto partir. Ahora repetía ese mismo hábito cotidiano, pero los barcos, siendo los mismos, eran otros, babeando el líquido negro y pastoso que habían ido a faenar, manchados los aparejos que otrora habían asegurado el sustento y el futuro de una familia, marcados por la derrota y la

angustia todos aquellos que fueron sus amigos y sus compañeros de artes en la lucha diaria contra las tormentas, la marea y la vida.

A veces llegaba al puerto o al arenal y se ponía a llorar, sin poder remediarlo, de forma nerviosa, hasta quedarse sin lágrimas y no poder ahogar su desesperación sino en gritos angustiosos, tan hondos como su dolor, cayéndole los mocos y las lágrimas en una imagen patética. Lloraba como si fuera un niño, como si fuera un niño solo, abandonado a su suerte, como lloró hacía mucho tiempo, casi tanto como sus años. Cuando al fin lograba reponerse, no hacía más que murmurar, como una letanía antigua, espero que sirva para no olvidar, nunca. Para no olvidar nunca.

Manos blancas, hombre

Venía por la playa con un andar dispuesto y jovial, como correspondía al hombre resuelto y seguro de sí mismo que aparentaba ser, pero no por ello dejaba de resultar algo gracioso verlo llegar siempre con el balanceo de los capazos que traía repletos de refrescos, aguas, galletas y algún que otro pitillo, pero todos legales, con los que conseguía hacer más llevadero nuestro trabajo. Tenía una puntualidad exagerada, tanto que no hacía falta preguntarle la hora, porque siempre era hacia el mediodía, cuando el sol calentaba más y el esfuerzo empezaba a hacer mella y notabas el sudor por debajo de los plásticos, como si adivinara nuestra necesidad de líquido y descanso, de una tregua que no nos dábamos hasta que venía y nos ofrecía bebida y algún que otro chascarrillo sobre los políticos de Madrid o de Santiago, aquellos que les habían abandonado a su suerte y a quienes ya ni siquiera odiaba porque le bastaba con mofarse de ellos.

Tenía unas facciones muy marcadas y una tez oscura y limpia de barba, como si fuera indiano, pero su acento era inconfundible, como la retranca que subyacía en sus gestos y en sus frases. Lo malo de esto, carajo, es que uno se acostumbra a que lo vistan y lo desvistan, y luego llega a casa y no tiene mayordomo. A veces nos hablaba en gallego, no porque le saliera de natural, como a la gente que sólo ha tenido una lengua, sin poder evitarlo, sino más bien porque era como una pose, como un símbolo de su nacionalismo al que le costaba renunciar, pero enseguida pasaba al español, sin que nadie se lo pidiera, consciente de que por encima de las ideas bastardas de la política estaban las personas, cada una de las que habíamos venido de todas partes a trabajar a su lado, a limpiar una tierra y un mar que son de todos. En Galicia no hay forasteros, y menos ahora, decía, y su voz parecía quebrarse, como si advirtiera lo caduco que había quedado su pensamiento de antaño. Sabía que el Estado había fallado, que el Gobierno

había fallado, que hasta la Xunta y su Concello habían fallado, pero también sabía que allí estaban las Españas solidarias, generosas, más allá de cualquier ideología, luchando en sus playas, en sus rocas, ensuciándose juntas.

Periodista local

Llegó justo antes de que empezáramos el descanso de la comida, conocedor de un ritual que otros habían repetido antes durante días y del cual él también formaba parte de alguna manera. En el fondo, toda esta historia nunca se habría producido sin gente como él, o al menos eso le reconfortaba pensar cada mañana que cogía su coche y se acercaba a ver la Catástrofe en primera persona, a ver cómo menguaba y crecía en cada golpe de pala, en cada golpe de mar, en un macabro juego de tira y afloja entre la ilusión y la realidad.

Fiel a un guión no escrito, pero que seguía casi de memoria por la fuerza de la reiteración, hizo primero unas fotos generales de todo el grupo, unas instantáneas de los puñados de sacos blancos que trabajábamos dispersos por la playa, buscando el contraste entre el negro y la pureza que se corrompía a su alrededor, la de la Naturaleza, la más auténtica, y la de la voluntad humana, la de esa otra marea que luego individualizaría en imágenes y palabras de gentes venidas de todas partes, historias particulares con las que llenaba cada tarde el periódico de la mañana siguiente y cuyo reflejo alentaba a sus paisanos a seguir en la brega, y también a los voluntarios, que saciaban así su pequeño instante de gloria. Su obligación era mantener vivo ese espíritu, esa llama, aunque fuera con pobres crónicas muchas veces repetidas, y esa conciencia última quizás era lo único que le salvaba a él también del tedio, del trabajo sin horario y mal pagado y, porqué no, de su anonimato de provincias.

Sabía que no podía competir con el brillo de las grandes cadenas de televisión o radio, ni de lejos con los impresionantes titulares de los plumillas de Madrid, ni siquiera con los más próximos de La Coruña o Vigo, que llegaron como buitres después de la primera marea, cuando la mancha mediática era más espectacular y espesa que la del propio fuel. Pero él estaba allí ahora, solo, como lo había estado desde el principio, como lo había estado los otros 61 días pasados desde entonces y como seguiría mientras continuaran llegando el chapapote y los voluntarios, mientras perdurase esta batalla cotidiana de ajedrez sin reglas, blanco contra negro, blanco y negro, negro y blanco, hasta que ninguno de ellos eclipsara los verdaderos colores del paisaje, aquellos que

siempre estuvieron y en los que nunca se había fijado plenamente antes porque nada los entorpecía.

Era bastante joven, probablemente más que muchos de nosotros, como no podía ser de otra manera con el trabajo que había elegido en el lugar que le había tocado para vivir. Pero, como tampoco podía ser de otra manera por su profesión, su juventud no estaba acompañada de ingenuidad alguna. El candor hacía tiempo que había mudado en horas y horas delante del ordenador, y por ello no tuvo problema en confesarse ante nosotros y en recordar los tiempos difíciles de los primeros días, aquellos en los que las presiones políticas no le dejaban narrar la auténtica magnitud de la Catástrofe, aquellos en los que, resignado a la mentira, sólo esperaba que algo de verdad quedara entre sus líneas, algo de aquella pureza que deseaba volver a ver en sus playas.

Voluntarios. La tropa de la playa

Nos dividíamos en grupos de trabajo de entre cuatro y cinco personas, de manera espontánea, sin más criterio que la casualidad que nos reunía en torno a los utensilios de limpieza tintados absolutamente de fuel, pegajosos incluso al contacto con el plástico. Con la misma arbitrariedad nos repartíamos las tareas mecánicas y repetitivas de recogida de las galletas de chapapote: unos barrían la arena, arañando suavemente la superficie con el rastrillo; otro, con la pala, cargaba y lanzaba los montones sobre el coladero de alambrada que hacía las veces de tamiz improvisado; el resto meneaba el garbillo, primero sin apenas armonía, con una violencia propia de la urgencia, pero ya pronto con una cierta sincronía, con el ritmo pausado y seguro de trabajadores experimentados.

Esto es como la obra, repetía el Legionario cada vez que lanzaba una palada sobre la criba. Y sabía lo que se decía. Coge la pala siempre por delante. Parece más incómodo, pero te cansarás menos. Era un tío alto, vaya si lo era, y espabilado como pocos había conocido, curtido a fuerza de más trabajo y dolor del que merecía para sus años. Cuando el tedio nos vencía en aquella obra sin paredes ni cimientos, hecha sólo de residuos rebozados en la arena, le pedíamos que nos relatará alguna historia, una batallita con la que matar las horas mientras seguíamos barriendo, cavando, cribando. Legionario, cuéntanos algo de Bosnia, ¿cómo era aquello? Para que voy a contaros nada, si todo eran miserias. Nada bueno. La guerra es una mierda. Le costaba mucho arrancar, y no porque fuera tímido o callado, que bien que se explayaba cuando hablaba de su moto, esa que tenía los neumáticos sin dibujo, como las de carreras, que había puesto mil

veces a toda máquina hasta que la carretera le dio un susto y una cicatriz que le partía la frente, o de los camiones que conducía con su padre desde los catorce años, o de la mala puta de su ex mujer, que le obligó a dejar la Legión para casarse con ella y luego lo abandonó justo cuando para reingresar se necesitaba estar limpio de penales y él había hecho un par de trapicheos de nada, ya sabes, algo de menudeo de droga para sacarme unos talegos cuando no tenía otra cosa. Era un tío simpático, sí, aunque a veces había que pararle, porque a la mínima aprovechaba el palique para escaquearse. Anda, Legionario, corta el rollo y échale *palá*. Pero pronto alguien volvía a incitarle, vindicando lo más profundo de su memoria: Cuéntanos algo de Bosnia, venga, Legionario, cuéntanos algo. Desengañado, la patria es una mentira, cedía al final y sus palabras nos trasladaban a los momentos más duros del invierno de 1993, cuando tenía que esquivar a los francotiradores serbios para recoger los cadáveres de civiles bosnios repartidos por doquier como cebos. Nos rodeaban y nos pedían dinero y nuestras armas, para seguir matando. Al final ya ni parábamos a recoger los cuerpos. ¿Para qué?, si ya estaban muertos. A veces incluso los pasábamos por encima con la tanqueta, y se oían siempre dos golpes secos, clonc, clonc, y sabíamos que ya habíamos pisado otro.

Los pirados de Protección Civil, que no sabían hacer otra cosa que ir y venir de un lado a otro de la playa con sus transistores, luciendo los escudos que se habían pegado en los trajes blancos y jugando a ser *mádelmans*, se quedaban parados y boquiabiertos con las historias del Legionario, supongo que imaginándose a sí mismos en aquella otra aventura de desolación y muerte, pero él los ignoraba bastante, hartado de tanto admirador de una épica que sabía que no existía. Aquello no era muy diferente a esto, siempre recogiendo la mierda de otros, sentenciaba. Buen tipo, el Legionario. Cuando se cansaba de recordar, le relevaba Rosa, una soprano que se ganaba la vida cantando en bodas y que era amiga de una *madame* de lujo, o *estándín*, o como se diga, que tenía un par de chicas canarias capaces de hacerlo todo y cuyas historias más picantes nos repetía cada tarde hasta que el Legionario se ponía algo cardíaco y la hacía callar. Vale ya, va, vamos a la orilla. Mirad lo que ha dejado la marea, que parece que estéis dormidos. Allí sí hay buenas manchas. Y así pasábamos los días, entre anécdotas de otras vidas reunidas en el esfuerzo de la voluntad, en cadenas de tensión en el traslado de los capazos llenos de fuel pegado a todo, entre manos manchadas, entregadas, voluntarias, solidarias, anónimas.

Gente del pueblo, voluntario

Aparcó su coche en la explanada, a una distancia prudente de la caseta. Salió despacio, movido por la inercia de la costumbre, y con los mismos movimientos de otros días abrió el capó, se enfundó el traje amarillo de plástico, primero, y luego el mono blanco, como todos nosotros. Nada parecía distinguarnos, salvo quizás la pesadez de sus movimientos, fruto de una rutina no deseada pero ya asentada en su vida. Era un voluntario de sábado por la mañana, como quien va a comprar el periódico y leerlo en el banco de un parque. Le vi guardando sus cosas en el coche, con preciso cuidado, y luego bajando a la arena, hasta la zona de rocas, donde entre semana trabajaban los soldados, a continuar una labor que para él no podía esperar.

Gente del pueblo, mirones

Curiosos y divertidos iban señalando a los voluntarios que nos movíamos despacio, atrapados en nuestros trajes de ese plástico sucio que nos protegía y asfixiaba, como si aquello no fuera con ellos. Como si aquella mar y aquella playa que habíamos ido a limpiar no fuera tan suya como nuestra. Sus niños, inocentes e ignorantes de cuanto ocurría, correteaban a su alrededor viendo el extraño espectáculo de aquel medio centenar de hombres y mujeres vestidos de blanco, mirándonos sorprendidos como si fuéramos los raptores de ET. Ella lucía un abrigo de visón largo, casi hasta el suelo, que nos chirriaba a la vista como el canto de un ave muerta. Cogida de la mano de su maridito protector, no se atrevía siquiera a acercarse a la baranda de madera que cerraba el mirador, como si tuviera miedo de contaminarse de no sabía muy bien qué. Al verla, sentí unas arcadas de pena y decepción, unas náuseas más profundas que las que nos provocaban el calor de los trajes y el olor putrefacto del fuel, y seguí cavando, con furia.

Voluntarios. La tropa de la cabaña

Oí su voz antes de verle, y su timbre me desveló una juventud que escondían sus arrugas y sus canas. Quizás por ello nunca me pareció viejo, sino más bien intemporal, como una fotografía sin pasado ni futuro. Ya estamos aquí, chicos, gritó nada más llegar, pasadas las cinco de la madrugada. ¿Sabéis a qué hora hay que levantarse mañana?, nos preguntó tras despertarnos, con ese optimismo estúpido que bien hubiera justificado su asesinato. Tenía un rostro entre simpático y tierno, tanto que le apodamos enseguida el Abuelo de Heidi, y durante aquellos días se convirtió para muchos en nuestro propio abuelo, lleno siempre de buenos consejos, condescendiente con nuestra

pereza en la hora penumbrosa de la mañana, sereno en los momentos más duros, cuando el rostro no podía ocultar el cansancio de años y el esfuerzo ingrato pasado en la playa. Le llamábamos también el jubilado venerable, y realmente debía serlo para haber soportado el interminable viaje, el sueño inquieto en aquella cabaña por la que el frío del norte entraba por todas las rendijas, incluso debajo de las mantas y del saco de dormir, y el trabajo pesado, sin que en ningún momento le faltara una palabra amable y su sonrisa, como si en aquella aventura última hubiera encontrado una nueva razón para seguir adelante, para levantarse cada mañana con más ánimo que cualquiera de nosotros.

La mañana era el momento más salvaje, aun cuando salía algún rayo de sol que apenas te caldeaba, y lo peor era el viento, esas trombas de aire húmedo, calado, que te penetraban hasta dejarte tan frío como él. Gómez era siempre el primero en levantarse, puede que tal vez no se acostara, o que lo hiciera con la misma ropa sucia y usada con la que se vistió todos y cada uno de los días que compartimos, y por la que le bautizamos *Dirtyman*, o simplemente el Sucio. Tenía una cara hecha de jirones, oscura y llena de marcas, y una barba densa y mal afeitada que le daba un aspecto algo siniestro. Era un tipo rudo, de pocas palabras, que acompañaba en ocasiones con un barbullar quejoso, sobre todo cuando llegábamos a la cabaña y le decíamos que era su turno de la ducha. Creo que no le gustaba nada de aquello, salvo quizás la última hora de la tarde, antes de la cena, cuando se abobaba delante de la tele con las series americanas, especialmente si eran de acción, y lanzaba entonces algún gruñido satisfecho al ver los golpes y los coches chocando. No sé por qué extraña razón había venido y estaba allí. Hablaba tan poco que sabíamos que se llamaba Gómez porque era el nombre que se rotulaba cada día en el mono blanco. Pero debía tener alguna razón para haber venido, incluso si él la ignoraba. Sólo lo vi sonreír una vez, en uno de los descansos para comer, cuando el Legionario y él repasaron la historia de los Novios de la Muerte desde Millán Astray, y los dos se cagaron en Franco. Era un tipo extraño, el Gómez. Me hubiera gustado conocer su historia. Supongo que a él también.

Nosotros

Observadores comprometidos con el dolor, queriéndolo sentir en nuestra alma más profunda, herida de vacuidad, buscando las historias que hay detrás de cada historia. Recordando todas ellas en estas líneas, en este compendio de fragmentos y de gentes que no nos pertenece en su totalidad, que sólo es nuestro en parte, que es de todos y

cada uno de los que aparecen en él y de aquellos otros que no aparecen pero también estuvieron: el jefe de los bomberos, Poli, quien por fin encontró un grupo de incautos capaces de escuchar con la admiración que esperaba sus historias repetidas de falso hombre de mundo; la jefa de la expedición cuyo nombre ya no retengo, aunque sí su mirada de reproche constante y la rigidez frígida de su cara que cada noche soñaba con poder aliviar el médico, el doctor Chapapote, preocupado más por encontrar un ligue en aquellas playas que por salvar cualquier crustáceo del petróleo, y con quien nos corrimos una buena juerga de narices; la pareja de jóvenes enamorados que se negó a compartir la habitación con Gómez para que nadie rompiera su luna de miel solidaria; el tabernero de Muxía que vendía camisetas de *Nunca Más* sin importarle qué había detrás de ellas, comprometido únicamente con la bandera de su tierra teñida de negro; el lerdo del bar de Pontevedra que se sorprendía cada día de la cantidad de voluntarios que venían a degustar su comida humilde y casera, sabrosa de natural; el político interesado sólo en salir en la foto y capaz de romper el sueño de un grupo de hombres generosos por un rédito electoral que no merecía... todos y cada uno de los miles de voluntarios abandonados a un destino en el que quizás esperábamos reencontrarnos, todos aquellos que nos implicamos en esta causa buscando algo que nos reconfortara, algo que nos ayudara a sanar una herida, la que abrió la Bestia y la que cada uno de nosotros tenía y nos llevó hasta allí. ¿Cuál es la tuya?

Playa de Montalvo, Sanxenxo (Pontevedra), enero de 2003.